

# 1

El Chorizo y su banda vivían jodiéndole la paciencia al prójimo. Eran una bola de moleques que vivían allá en Barroquinha, desparramados por las calles, y que sobrevivían de robo, droga y malandraje. La tira los dejaba en paz porque el Chorizo era vivo, les pasaba una parte de la plata, no se metía con quien no había que meterse y chivaba a cualquier pendejo que no entrara en línea. Además, conocía lugares, personas, movidas... y esa información se la pasaba a los tiras a cambio de protección. Y no hablaba sólo de gente de la calle, había comerciantes haciendo tramoyas, dueños de casas de masaje, traficantes y hasta PM...<sup>1</sup> ve a saber cómo se enteraba de tanta cosa que no era de nadie enterarse. Se le iba acercando como quien no quiere nada a un tal sargento hijo de puta que todo mundo temía y le pasaba la información de mansito, nadie se apercibía. A veces el mentado sargento se lo llevaba preso y lo molía a palos, nomás pa'mantener las apariencias, y después de unos días ahí venía el Chorizo, todo morado y cojeando, pero mal disfrazando la alegría y con las bolsas llenas de plata.

Yo nunca me metí con ellos, no me gusta mezclarme con esa gente mal carácter que nomás le atrasa a uno la vida. El problema fue que me cargaron con un negocio que tenía con unos gringos y me di mal. Ya tenía todo arreglado

<sup>1</sup> Policía militar.

y quedamos de encontrarnos allá en Sete Portas a las once de la noche. A saber cómo fue que el diablo del Chorizo se enteró. Ahí vienen llegando los dos gringos, todos felices y despreocupados en plena noche, contentos porque se van a atascar de polvo de calidad y, como si fuera poco, a cogerse a unas garotas que les conseguí, chichudas como les encantan a los gringos. Pero al llegar, ¿no es que sale de quién sabe dónde el maldito Chorizo y unos siete moleques y se les echan encima a los gringos? Traté de escaparme pero me metieron el pie y ahí se fue mi polvo... los hijos de puta me lo arrebataron y todavía me quebraron todito. Después de dejar a los gringos medio muertos les quitaron la plata y se fueron tranquilos, riendo y cantando, los hijos de una desgracia, como si fueran los dueños del mundo.

Ahí, ensució pa'mí. Tenía que desaparecer, estarme quieto un rato, porque el Zequinha no me iba a perdonar nunca por haber perdido el polvo... ¿y dónde iba a conseguir la plata para pagarle? Y también porque los gringos seguro se iban a quejar con la policía, y los tiras iban a hablar con la gente de la calle y seguro se enterarían de que era yo el que estaba metido en esa confusión... siempre hay gente que no vale nada diciendo cosas que no debe.

Esa noche, me arrastré como pude hasta la ruina de la iglesia de Barroquinha, cagándome de miedo y de rabia. Es un lugar ruin como diablo para dormir, lleno de ratas y cucarachas, y para colmo tiene uno que estar alerta con los vagos que llegan a toda hora. La mayoría va allá a coger, comer garotas que le dan a cualquiera o putas de cinco reales. Pero hay también marginales escondiéndose de la tira, moleques oliendo pegamento o inyectándose mierda en las venas, borrachos, locos y un sin fin de porquerías. Me arrastré hasta un rincón bien oscuro para que nadie se metiera conmigo, espanté a las ratas como pude y me apagué al instante. Estaba todo quebrado y sólo quería dormir y no pensar en nada.

Cuando desperté ya eran casi las diez. Todavía estaba adolorido, pero podía caminar. Pensé que debía largarme

de una vez, antes de que Zequinha mandara buscarme por las calles del centro. Pero no me moví, estaba sabroso estar ahí acostado viendo el cielo, sintiendo el calor del sol en la piel. Me volteé de lado y fue entonces que vi a la niña.

Era una negrita chiquita, debía tener máximo unos diez años, una lindeza. Estaba dormida cerca de mí, envuelta en un trapo sucio que debe de haber encontrado en la calle. Me le quedé viendo un buen rato. Ya la había visto en el Pelourinho, vendía cacahuates junto con su hermanito, una cosita de nada que andaba pa'riba y pa'bajo con su caja de bolero, mientras ella le hinchaba la paciencia a los turistas con sus paquetitos. Pero en realidad nunca me había fijado en ellos y mucho menos hablado con ella. Era una niña cualquiera que venía al centro de algún suburbio para ganarse unas monedas, como tantas otras. Yo no tenía nada que ver con ella, nunca me gustaron las niñas y no tenía por qué andarle buscando conversa. Pero ahora que estaba ahí, acostada tan cerca de mí, me le quedé viendo y algo me conmovió.

No sé ni cómo explicarte lo que sentí. Me pareció tan frágil, tan indefensa, dormida ahí como un ángel entre la mierda. No era de la calle, se veía que tenía casa, usaba ropas muy sencillas pero no harapos. ¿Qué diablos hacía ahí? De seguro algo había pasado en su casa, es siempre la misma historia. Conmigo fue así. Ya estaba harto de los golpes del hijo de puta de mi padrastro. Y no sólo golpes... pero no voy a hablar de eso ahora. El hecho es que me escapé a los siete años... mejor la calle que ser golpeado nomás porque sí, y además... ¡pero dije que no iba a hablar de eso, carajo! Me quedé mirando la carita negra de esa niña y me acordé de cuando me fui de la casa y de todo lo que había vivido todo ese tiempo. Ve a entender qué le da a uno así de repente, sin razón. Empecé a llorar, cosa que no había hecho hacía años. Desde que estaba en la calle, casi nunca pensé en mi vida. Dejaba pasar los días, sobreviviendo como podía, comiendo lo que encontraba, haciendo cualquier malandraje para ganar algunos centavos, viendo a los demás joderse

con el pegamento y el crack y las porradas<sup>2</sup> de la tira, y tratando de driblar la suerte para no acabar en el hoyo antes de tiempo. ¿Pa'qué pensar?... Piensas demasiado y te jodes, no da para pensar. Pero ahora, al ver esa niña, todo llegó así de repente. La miraba y sentía pena de mí, pena de ella, pena del mundo, de mis hermanos, de toda la banda de la Baixa de Sapateiros y de la Avenida Sete, de Zé Faísca,<sup>3</sup> que apareció muerto el otro día allá en Barroquinha, de mi mamá —ve a saber dónde estaba—, del mujerío de la Montanha, de los travecos<sup>4</sup> de la Carlos Gomes, de los niños drogados, hambrientos, jodidos, tirados por las calles de la ciudad. No sé... me dio una puta rabia. Una niña linda como ella, toda encogida en ese rincón lleno de ratas y cucarachas y apesando a meados con mierda... no debía estar ahí, porra, de veras que no debía, vida del carajo. Lo bueno es que Dios no tenía la costumbre de andar por esos rumbos a esa hora, porque lo hubiera molido a palos y entonces sí me mandaba a rostizar para siempre al infierno.

Me fui a sentar junto a ella. Debía de estar muerta de cansancio: dormía como piedra. Le puse la mano en la cabeza despacito y me quedé acariciándole el pelo. Me dio una cosa que no te puedo explicar, una lloradera del carajo, una mariconada que no había manera de controlar. De repente se despertó, abrió los ojos muy grandes, soltó un grito de miedo, me dio un manotazo en el brazo y se encogió contra la pared, mirándome como si fuera el maligno en persona.

—Calma, niña, ¿qué pasa?

—¡Déjame en paz! ¿Qué quieres?

—No quiero nada, ue, nomás te estaba haciendo cariño.

Calma, po.

—¡Déjame! ¡Lárgate!

—Calma, rapaz, no te voy a hacer nada.

<sup>2</sup> Madrazos.

<sup>3</sup> José Chispa.

<sup>4</sup> Travestis.

—¡Vete! ¡No me toques! ¡Déjame en paz!

—Ya, 'ta bueno... perdón. Pero moral<sup>5</sup> que nomás te estaba haciendo cariño...

Ella me miraba con mucho miedo y con odio y me sentí mal pa'diablo y furioso conmigo mismo. Pa'qué porra tenía que andarme emocionando así por una niña cualquiera. Nomás le fui a meter susto, la pobre, y ahora estaba ahí toda temblando y aterrorizada... Y yo, a final, ¿quién era yo pa'sentir pena de nadie? Pos sí, pero la sentía. De ella y de mí. Daban ganas de cuidarla como nadie jamás me cuidó a mí. Pero mírala ahora, viéndome con odio como si fuera bicho... desgracia de vida, nomás no puede uno darse el lujo de sentimentalismos, hay que ser duro, un hijo de puta como el Chorizo, él sí que está cierto. Me volvieron a dar ganas de llorar, pero me aguanté.

—Mira —dije—, éste no es lugar pa'dormir. Hay mucho hijo de puta.

Ella no contestó, pero me miró con menos odio. Creo que vio que tenía los ojos llorosos.

—¿Dónde vives?

—¿Qué te importa? —dijo, pero su voz ya no era agresiva.

—¿Por qué estás aquí? ¿No tienes casa? ¿Qué hubo?

Se me quedó viendo sin contestar y me di cuenta que de nada servía seguir preguntando.

—No puedes seguir durmiendo aquí, te vas a dar mal.

—¿Y adónde quieres que vaya?

—Hay tantos lugares... qué sé yo... Po, rapaz...

Y otra vez las ganas de llorar... Porra, viejo, la verdad no había pa'dónde, aquí o allá se iba a dar mal, tarde o temprano algún hijo de puta le iba a hacer alguna maldad. Y ahora me miraba así con esa carita desconsolada, y ¿cómo no me iba a importar una carita de ésas? No hay manera, nadie es de fierro.

<sup>5</sup> Neta.

—Ven conmigo —dije sin pensar, y ella dejó escapar una sonrisa.

Me arrepentí al instante. ¿Pa'qué diablos tenía que armarme más confusión, carajo? Es siempre lo mismo, ya estoy en el hoyo y me sigo metiendo más hondo. Estoy jodido, con Zequinha y la tira y todo mundo atrás de mí, y todavía se me ocurre conseguirme una maleta sin manija para hacerme la vida difícil. Pero ¿qué podía hacer? De repente la niña cambió, decidió que yo era un cara bacana y estaba lista para seguirme adonde fuera.

Yo tenía unos camaradas allá en la Ciudad Baja: tres garotos de programa<sup>6</sup> que vivían en la Plaza Roma, en el antiguo cine abandonado. El Melê era el más chico, en esa época tenía once o doce años, pero ni parecía, era malandro como él solo, listo como el diablo, y tenía un palo de este tamaño, de quitarte el aliento. El Calungo, el más grande, tenía casi quince años y era mucho más tranquilo, ensimismado, de pocas palabras, pero camarada hasta la muerte. Y Maruim era todo delicado, en realidad era una niña en cuerpo de niño, no sé cómo le hacía para estar siempre arreglado, y siempre estaba haciendo rabieta porque la gente en la calle se burlaba de él y le llamaba marica, aunque de hecho todos sabíamos que le encantaba exhibirse. No sé exactamente cuántos años tenía, ni él mismo sabía, pero no era mucho más grande que el Melê, más o menos de mi edad.

Yo los conocía desde que estaba en la calle. No nos veíamos mucho porque yo casi nunca iba por esos lados y ellos sólo iban al Pelourinho cuando querían hierba, pero nos ayudábamos siempre que alguien lo necesitaba. Éramos camaradas porque hacía mucho tiempo, durante mis primeros días de calle, el Maruim, el Calungo y yo vivimos muchas cosas juntos, mucho aprieto, mucha mierda y también mucha cosa buena, mucho relajo, y uno se queda con eso en el

<sup>6</sup> Garotos de programa: chichifos, hombres (niños en este caso) que ejercen la prostitución.

pecho, ese compañerismo, colegas finos como ellos nomás no se olvidan.

Por eso decidí buscarlos, para ver si podíamos quedarnos allá un tiempo, hasta que pasara el zuzué con los gringos y hasta que encontrara el modo de pagarle a Zequinha.

Para allá nos fuimos, ella mucho más tranquila, pareciendo hasta alegre de haberse encontrado a alguien que no la maltratará, y yo caminando como anciano, todo quebrado, todo jodido, pero feliz no sé bien por qué. Salimos a escondidas de la iglesia, subimos a la Plaza Castro Alves, bajamos por la ladera de la Montanha y nos metimos a las calles de Comercio rumbo a Bonfim. El día estaba una belleza e íbamos hable y hable de cualquier cosa. Ella me ayudaba a caminar porque yo de veras estaba todo quebrado, me dolían todos los huesos.

Era una niña alegre y le encantaba echar conversa fuera. Creo que ese día estaba hasta más parlanchina que de costumbre, medio nerviosa, ¿sabes?, esa cosa que te da cuando andas medio sin modo y compensas con la habladera. Yo también me sentía raro, con una felicidad que hacía mucho tiempo no sentía. El sol nos quemaba la piel y nos sentíamos los dueños del mundo. En la Calçada me robé un mango de un puesto y nos embarramos toda la cara con un placer tan sabroso que nos pusimos a reír como locos y nos tiramos en el pasto de la Plaza de los Mares para quedarnos viendo las nubes y diciendo tonterías.

Entonces ella empezó a contar historias de su vida y de casos que le pasaron allá en la isla de Itaparica, donde había vivido hacía unos años. No le creí casi nada, estaba todo muy mal contado, pero era sabroso escucharla y no quise discutir.

Dijo que su familia estaba llena de plata y que tenía una casa inmensa, máquina lavadora y hasta coche. Dijo incluso que era limosina y que andaba pa'riba y pa'bajo con el chofer para asolearse en todas las playas de la isla, y que venía a Salvador en *ferry* para las compras en el *shopping*, porque su

mamá sólo la dejaba usar ropa de marca. Pero ese negocio de limosina nomás no había cómo creer, ¿no?... ¿cuándo ya se vio limosina en la isla? Dijo que un tío suyo trabajaba con bicicletas y mandó hacerle una roja, bicicleta de veras bacana, y que ella era líder de toda la banda; salían a andar por todos lados y hacían un alboroto de los mil diablos. Y estuvo contando historias de jugar con papalotes y robarse frutas en los jardines de los vecinos y armar alboroto en la calle, y yo me emocioné y también me puse a inventar historias, cosas que nunca ocurrieron pero que me hubiera gustado que sucedieran, y en ese viaje estuvimos mucho rato. Le dije que yo era de Río de Janeiro y que vivíamos en un *penthouse* de un edificio de veinte pisos, que sólo comía cosa fina todos los días e iba a escuela de rico.

—¿Y tus papás todavía están allá? —preguntó.

—Pos sí... no te imaginas su departamento...

—¿Y entonces qué haces aquí? —dijo, con una sonrisa burlona.

—Yo... me cansé de vivir allá. Hace unos años venimos de vacaciones y me quedé por aquí. Ese negocio de escuela de rico, sabes, es una mierda. La profesora se la pasa jodiendo, no tengo paciencia para eso. Y hay que bañarse todos los días, peinarse, llenarse de perfume... un montón de frescura. No me gusta. Yo aquí me quedo. Un día a lo mejor voy a visitarlos, pero vivir lo que es vivir, ni pensar. Además... mi papá es medio grosero, sabes... No, ni loco regreso. Y tú, ¿por qué no estás en la isla?

Se quedó callada un rato y después contestó, con una voz medio triste.

—Mi mamá se murió. Era tan buena, mamita, me puse tan triste...

—¿Hace mucho?

—Unos tres años, creo.

—¿Y tu papá?

—Cara valiente... —exclamó, con una mirada muy rara—. Se peleó con unos caras que se la pasaban jodiendo



y les metió bala, los mató a todos. Mi papá no se lleva des-afuero a la casa... es un cara valiente. Así que nos tuvimos que largar. Venimos a Salvador, nos fuimos a vivir allá en Baixa do Cacau.

—Porra... ¿dejaron todo? ¿Casa, limosina, bicicleta?

—Pos sí, no había de otra.

—¿Y él todavía está en Baixa do Cacau?

—Sí.

—¿Y por qué no vas para allá?

—No voy porque no quiero, ue.

—Pero, ¿por qué?

—Ya te dije que no quiero, ora esa. ¿A ti qué?

—No, nada, pero...

—Pero, ¿qué? —dijo desafiante.

Me callé unos instantes, sin saber cómo preguntarle. Después continué, mirándola con cariño:

—Pero... dime una cosa... ¿te hizo alguna maldad?

Su rostro cambió de repente, me miró con esos ojos de odio que le hielan a uno los huesos. Ella tiene eso, le da una cosa de repente y ¡hazte a un lado! Al principio me espantaba, pero con el tiempo me acostumbré. Ni modo, ella es así. Años después hasta nos daba risa. Le llamábamos “trucu-tru”. Ella empezaba a endemoniarse y yo le decía: “Iiiiih... ahí viene el trucutru...” Entonces, con suerte, le agarraba la risa y no había quiebra-quiebra. Pero en esa época yo no entendía nada de eso. Me dio miedo.

—Mira, hijo de puta, ¡con mi papá no te metas!

—Po, rapaz, ¿qué negocio es ése? Nomás te hice una pregunta...

—¡Pos preguntale a tu madre, vago de mierda!

—Ora, menina... ¿Pa'qué tanta grosería? —y traté de acariciarle el pelo.

—¡No me toques, desgracia!

Y se levantó furiosa y me agarró a patadas y dijo que ya se iba. Pero no se fue, y vi que no tenía ninguna intención de irse.

—No te vayas, niña, perdóname, ¿va? No quise decir nada, nomás quería saber por qué no regresas a tu casa.

—No regreso porque no quiero, sólo eso, y vete a la puta que te parió con tus preguntas, tú no tienes nada que ver con eso.

—Ya, ya... disculpa.

—¡Disculpo un carajo!

—Fue mal, ya... pasó... ya estuvo... Ven, no te enojés. Mejor ayúdame a levantar. Ya estaba todo quebrado y me terminaste de acabar. Ahora me vas a tener que cargar hasta la casa de mis camaradas. Va, ¡ayúdame, porra!

La niña se agachó, todavía enojada, y me ayudó como pudo a levantarme. Era gracioso, una niña tan chiquita tratando de levantar a un moleque mucho más grande que ella, todo jodido. Nos caímos, nos agarró la risa, y cuando finalmente logré levantarme la abracé y ella recostó la cabeza en mi hombro. Nos fuimos andando así, sin hablar, rumbo a la Plaza Roma, y al rato ya se le había olvidado el pleito y estaba charlotteando de nuevo.

Llegamos al cine pero no había nadie, y estuvimos esperando en la plaza un buen rato hasta que llegó el Maruim.

—¡Y ahí, Betinho! ¡Liiihhh! ¡Menino!... ¡estás hecho un traste!

—Fue el desgraciado del Chorizo, me reventó todo y se llevó cien gramos del bueno. Traigo un problemazo, Maruim, necesito tu ayuda.

—Ese hijo de puta... no te preocupes, manito, yo lo agarro y lo quiebro a porradas.

—Vas a quebrar a porradas a quién, Maruim, tú no asustas ni a las moscas. Él es el que te va a dar de palo.

—Uy, ¡qué rico!

—Déjate de pendejadas, maricón. ¿Dónde están el Calungo y el Melê?

—Saber... por ahí...

—Oye, ¿será que nos podemos quedar un rato aquí con ustedes?

—De que se puede, se puede, pero... ¿quién es la niña?

Maruim la miraba con curiosidad.

—Es mi prima.

—¿Y a poco los vagos tienen primas?

—¿No ves que sí?

—¿Y ella dónde se va a quedar?

—Pos yo estaba pensando que se quedara aquí con nosotros.

—Rapaz, no sé...

—Va, Maruim, ayúdame con esto.

—Por mí puedes traer cincuenta primas, que no estoy ni ahí. Pero el Capitán Gay, tú sabes cómo es. No le va a gustar ni un poco.

—¿Y cómo se va a enterar? La escondemos, sólo la metemos de noche y se queda a dormir en los cuartos de atrás.

—Mijito, sabes perfectamente que el Capitán se entera de todo. El guardia de la fábrica siempre está de ojo, le cuenta todo. No hay cómo, el Capitán es demasiado vivo.

—Va, Maruim, yo hablo con el Calungo, la escondemos, vas a ver que sí se puede.

—Como quieras... por mí... Pero que va a haber confusión, va.

El Capitán Gay era un tira al que le gustaba comer niños. Todos le llamaban Capitán Gay pero a él no le gustaba, se hacía el muy macho, y cuando sabía que alguien se burlaba de él sacaba el revólver y se ponía a hacer payasadas. Le encantaba meterle miedo a la gente, le daba un gusto tremendo cuando algún chistosito se meaba en los calzones cuando le ponía el revólver en la cabeza y anunciaba que le iba a tronar los sesos. Yo me cagaba de miedo, y de asco también. Los muchachos no, ya estaban acostumbrados. Él controlaba el antiguo cine y dejaba que mis camaradas vivieran ahí porque ellos le daban. Se cogía a los tres cuando se le daba la gana, pero el que de veras le gustaba era el Melê... un niño tan chiquito con un palo de ese tamaño, el Capitán se ponía como loco. Así que mis camaradas tenían cierta libertad, porque el Capitán no podía ni pensar en pasar

una semana sin comerse al Melê, y ellos se aprovechaban de eso para hacer sus exigencias. Por eso yo podía quedarme en el cine siempre que lo necesitaba, y el Capitán no se metía conmigo porque los garotos no lo dejaban. Pero una niña... eso ya era otra cosa. Porque el Capitán Gay odiaba a las niñas, no las quería ver ni en pintura, lo suyo eran los niños. El Maruim tenía razón, si encontraba a la niña en el cine, la correría a patadas y haría un zuzué del carajo.

Esperamos a que llegara el Melê y el Calungo para decidir qué hacer, y mientras llevé a la niña a conocer el cine. Estaba encantada, le pareció una maravilla. Y sí, lo era. Se estaba cayendo en pedazos, pero era grande como un palacio y nos sentíamos como reyes en un castillo. Es verdad que era muy oscuro y estaba lleno de ratas y cucarachas, pero ¿y qué? Todavía tenía los antiguos asientos, hechos para culo de barón, el telón roto, unos aparatos rarísimos abandonados por ahí, unos cuartos llenos de cachivaches y una escalera que subía al techo, desde donde se podía ver toda la Ciudad Baja. Yo me hubiera quedado ahí con ellos hacía mucho tiempo... imagínate, vivir en un palacio con mis meros compas, cerca de la playa, cerca del Comercio y no tan lejos del Pelourinho, donde podía ir todos los días a sacarle una plata a los gringos y a conseguir un poco de hierba de vez en cuando... ¿qué más puede uno querer en la vida? Pero no me quedaba porque el tal Capitán Gay se la pasaba jodiendo, insinuándose, agarrándome las nalgas, y me daba un asco del diablo. Quedarme unos días, pasaba, pero vivir lo que es vivir, de ninguna manera. Por más que el Melê lo amenazara con irse, el cara no se iba a controlar toda la vida, y tarde o temprano caería en sus manos.

Llegaron el Melê y el Calungo y dijeron lo mismo: el Capitán se va a poner fiero. Y yo desesperado porque no tenía adónde más ir y ni loco podía aparecer en el centro. Entonces el Calungo me llamó para hablar a solas.

—Mira, Betinho, deja a esa niña en paz, dile que se largue, que se las arregle sola.

—No puedo, Calungo, es mi prima.  
—Prima nada, rapaz, ¿cuándo ya tuviste prima?  
—Es prima, te estoy diciendo...  
—Pues dile a tu prima que se vaya a cuidar de su propia vida, que la tuya ya está demasiado complicada.  
—Mírala, Calungo, ¿no te da lástima? Tan chiquita...  
No puedo, mano, la moral.  
Calungo me miró pensativo.  
—Entonces... nomás arreglándote con el Capitán...  
En el fondo, ya lo sabía.  
Tenía que arreglarme con el Capitán...  
Miré a la niña, que me observaba sentada en un rincón con su carita angustiada. Bajé la cabeza, no le contesté al Calungo, me di la vuelta y me fui a sentar con ella.  
—¿Entonces? —me preguntó ansiosa.  
—Está todo arreglado. Te puedes quedar.  
Soltó una risa alegre, se me colgó del cuello y me llenó la cara de besos.  
—¡Gracias, Betinho, valió!  
La miré feliz. Era la primera vez que me llamaba Betinho, había escuchado que los muchachos me decían así.  
—Entonces, ¿me vas a decir cómo te llamas?  
—María Aparecida. Me llamo María Aparecida.  
Y nos quedamos así un buen rato, abrazados, riéndonos.  
Pasamos dos días porretas, fuimos a la playa de Boa Viagem, pescamos cangrejos en Pedra Furada, volamos papalotes en Ribeira y el Maruim cocinó un ensopado de mantarraya delicioso, con la plata de una noche que él y el Melê pasaron con unos caras en Barra.  
Pero al tercer día llegó el Capitán Gay haciendo un zuqué del carajo.  
—¿Qué porra es ésa de traer niñas aquí sin preguntarme, desgraciados? ¿Están creyendo que esto es hotel? ¿Me están viendo la cara de orate, bola de putos infelices?  
Pero el Maruim se le fue llegando con ese su modito melindroso.

—Ay, Capitán, ¡no se enoje!

—¡Me enojo cuando se me dé la gana, putito de mierda!  
¡Quítate de mi vista! ¿Qué creen que soy idiota?

—No es eso, Capitán, ¡cómo cree! Lo que pasa es que Betinho quería decirle una cosa.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué cosa es ésa, se puede saber, *Betinho*?  
—dijo, imitando la voz afeminada de Maruim.

Le acaricié la cabeza a María Aparecida, que me miraba asustada, me levanté de donde estaba sentado con ella y me aproximé al Capitán, mirándolo con una sonrisa en los labios y un nudo en las tripas.

—Una cosa, Capitán. Pero creo que es mejor ir allá al cuarto de arriba a conversar.

Me miró con cara de malandro y soltó una carcajada.

—Entonces es eso, ¿eh? ¿Y a poco crees que me vas a vencer?

—Yo creo que sí, Capitán. Va a ver que sí.

—Entonces vamos a ver —dijo riendo.

Le cerré el ojo a la niña mientras subía la escalera atrás del Capitán, y creo que se tranquilizó un poco. Mi corazón latía descompasado, me sudaban las manos, caminaba medio mareado, pero la sonrisa de María Aparecida, medio tímida, medio asustada, agradecida, me ayudó a calmarme.

El cuarto era muy chico y olía a humedad. En una pared había un viejo cartel de cine. Por una ventana, allá arriba, se veía un pedazo de cielo. El sol brillaba allá afuera. Algún radio tocaba samba. El sofá era verde y estaba roto. Las manos del Capitán estaban heladas. Y tenía un olor repugnante.

Pensé en mi padraastro.

Y lloré.